



EE *Las crisis que golpean la seguridad alimentaria en América Latina y el Caribe se enfrentan con múltiples soluciones* **99**

Lola Castro*

Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas

2023 es otro año de alto riesgo para quienes luchan por alimentar a sus familias. Estamos en medio de la mayor y más compleja crisis de seguridad alimentaria global de los tiempos modernos. Debemos actuar ya para salvar vidas en emergencias e invertir en soluciones para cambiar vidas mediante el fomento de la resiliencia y la expansión de programas de protección social. La comunidad internacional no debe faltar a su promesa de acabar con el hambre y la malnutrición para 2030 y cumplir con los ODS.

Múltiples crisis, desde una lenta recuperación de la pandemia hasta clima extremo, pasando por el efecto dominó de la guerra de Ucrania, siguen teniendo consecuencias devastadoras para millones de personas vulnerables en América Latina y el Caribe.

Una dieta saludable debería estar al alcance de todos y todas. Lamentablemente, las cifras apuntan a otra realidad. En WFP estimamos que hay 40 millones de personas en situación de inseguridad alimentaria severa y moderada, sólo en países donde tenemos presencia en esta región. De ellas, 11 millones sufren inseguridad alimentaria severa,

* María Dolores Castro es directora regional para América Latina y el Caribe del Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas (WFP, por sus siglas en inglés). Es la agencia humanitaria más grande del mundo, con presencia en más de 120 países. En 2022, asistió con alimentos y transferencias monetarias a 158 millones de personas, un récord histórico (<https://es.wfp.org/>). Anteriormente fue directora del mismo programa para el sur de África.

cifra que ha aumentado en más de 2 millones en comparación con el mismo periodo en 2022.

Para las personas afectadas, esto se traduce en tomar decisiones difíciles según el acceso que tengan a ingresos y alimentos. Casi la mitad de los hogares en la región ha tenido que reducir el número de comidas, y un tercio está dando prioridad a niños, niñas y ancianos cuando no hay suficientes alimentos.

A pesar de las recientes señales positivas en los mercados globales, los precios de los alimentos e insumos agrícolas siguen siendo elevados. Esta región tiene la dieta más cara del mundo, estimada en 3,89 dólares por persona y día versus el promedio mundial de 3,54 dólares, según el informe de Naciones Unidas “Panorama Regional de la Seguridad Alimentaria y Nutricional 2022”v. El Banco Mundial prevé que el crecimiento económico se ralente de un 3,6% estimado en 2022 a 1,3% en 2023.

La pobreza y desigualdad, entre otros factores, ponen en riesgo el futuro económico y social de la región, cuya clase media es cada vez más frágil. Al mismo tiempo, los países sufren de sobreendeudamiento para sostener sistemas de protección social. En la pandemia, el fortalecerlos y adaptarlos a necesidades cambiantes probó ser muy eficaz para responder a emergencias y asistir a las personas más vulnerables. Su expansión evitó

que la crisis les golpease aún más fuerte. Se han puesto en marcha más de 340 programas de protección social y se ajustaron para cubrir a grupos adicionales.

Los gobiernos están navegando la creciente inflación, desastres más fuertes y recurrentes, crisis migratoria, reducción de producción agrícola y quizá más visible ahora: inestabilidad con estallidos sociales.

La agitación social, el descontento ciudadano y la movilización han caracterizado en gran medida el panorama social a lo largo del año 2022 en toda América Latina y el Caribe.

Por otro lado, persisten las preocupaciones sobre posibles problemas de disponibilidad en el sector agrícola debido a los elevados precios de los fertilizantes y la crisis climática.

Resiliencia y respuesta humanitaria frente al impacto climático

América Latina y el Caribe es una de las regiones del mundo más afectadas por los desastres relacionados con el clima. Los fenómenos hidrometeorológicos, como inundaciones, tormentas, sequías y olas de calor representan el 93% de todos los desastres ocurridos en la región en los últimos 20 años.

En respuesta, los gobiernos y socios como WFP trabajamos en fortalecer

la gestión de desastres y la protección social, al igual que contribuir a que los sistemas alimentarios sean más eficaces y sostenibles a la hora de satisfacer las necesidades de los más afectados por las crisis.

El fenómeno de La Niña, a su vez, ya ha causado pérdidas de cosechas en países productores y exportadores de alimentos, especialmente en el Cono Sur.

Las previsiones actuales indican una alta probabilidad de que el fenómeno de El Niño se desarrolle en junio y persista al menos hasta noviembre de 2023, con condiciones secas en Centroamérica, el Caribe y el norte de Suramérica, y lluvias superiores a la media en el Sur.

En Nicaragua, el impacto de tres huracanes en los últimos dos años, combinado al aumento en los precios de los alimentos y los insumos agrícolas, han agravado la situación en zonas altamente vulnerables como el Corredor Seco y la Costa Caribe.

El agricultor de subsistencia nicaragüense Iván Pérez nos reportó que debía esperar hasta abril o mayo de 2023 para volver a sembrar la yuca y el arroz que perdió con el huracán Julia de octubre de 2022. “Es inútil sembrar antes de esa fecha porque la tierra está saturada de agua y ya pasó el ciclo de siembra”, situación que lo obligó a comprar granos básicos para alimentar a su familia.

El impacto de la inflación en los alimentos en la región es palpable. El costo del programa de alimentación escolar de WFP que llega a 182.000 niños y niñas en Nicaragua se ha triplicado entre 2020 y 2023. Lo que costaba anualmente el programa de alimentación escolar en 2020, hoy cubre las necesidades alimentarias de solo un trimestre. Compramos actualmente cerca de 1,2 millones de dólares en alimentos producidos por pequeños agricultores, en su mayoría mujeres.

Los programas de alimentación escolar benefician a al menos 85 millones de niñas y niños en la región. Estos programas de protección social permiten que los estudiantes tengan acceso a una alimentación variada y saludable y que sigan acudiendo a la escuela. Apoyan a pequeños agricultores en diferentes países al vincularlos con mercados institucionales estables.

Necesitamos seguir trabajando con aún más ímpetu en acciones anticipatorias y construcción de resiliencia para mitigar crisis recurrentes.

Como parte de las innovaciones de la región, se prevé actuar antes de que ocurran desastres. En base a pronósticos meteorológicos, se apoya a comunidades que probablemente se verán afectadas. Se activaron estas acciones anticipadas por primera vez en República Dominicana, donde se hicieron transferencias monetarias

antes del huracán Fiona de 2022 para permitir que hogares de la cuenca del río Yaqué del Norte compren alimentos o se reubiquen.

Los microseguros climáticos y macroseguros paramétricos han sido utilizados también en Centroamérica y el Caribe para permitir que las personas tengan acceso a herramientas que aumenten su resiliencia financiera. Después de un evento cubierto por la póliza, el pago conectado a sistemas de protección social permite proteger medios de vida y una recuperación más rápida. En 2022, cubrieron a más de 100.000 personas en la región.

Estrategias de financiamiento innovadoras como estas que estamos impulsando tienen el potencial de llegar a un gran número de personas afectadas por choques climáticos de manera eficiente y sostenible.

La situación migratoria requiere solidaridad internacional

Volviendo a la afectación, una de las consecuencias más visibles de la inseguridad alimentaria y la crisis económica actual es la migración en toda la región.

Tomemos como ejemplo la situación en el Darién, reserva natural entre Colombia y Panamá, y un cruce selvático y marítimo extremadamente difícil y peligroso. En total, en 2022 ingresaron

a Panamá por el Darién 235.000 personas, y se prevé casi medio millón de cruces este año. Panamá tiene 4,5 millones de habitantes y el número de migrantes que asistirá este año en el Darién representaría el 10% de su población. La crisis requiere solidaridad internacional.

Una de las consecuencias más visibles de la inseguridad alimentaria y la crisis económica actual es la migración en toda la región.

Según últimos datos de encuestas de WFP a migrantes, el 75% de las personas migran por razones económicas, mientras el 40% emprende el viaje por falta de acceso a alimentos. Alrededor del 20% de personas encuestadas por WFP en Centroamérica expresaron su deseo de emigrar en los dos últimos meses de 2022.

La migración es sobre todo una estrategia de supervivencia y, muy seguido, el último recurso. Comprender las motivaciones que empujan a las personas a emigrar y su perfil es fundamental para poder crear oportunidades que les permitan permanecer en sus países de origen.

Actualmente, el movimiento de personas en el hemisferio continúa aumentando,

para muchos incluso hay una segunda migración o cambio de destino.

Emmanuel Pierre, con quien hablamos en el Darién, nos dijo que se mudó de Haití a República Dominicana primero, luego a Argentina, y finalmente a Brasil. Allí vivió siete años y tuvo tres hijos. “Como la economía no andaba bien y vino la pandemia, decidí salir de Brasil y ahora estoy llegando a Panamá.” Explicó: “Todo lo que quiero es llegar a un lugar, encontrar un trabajo para mantener a mis hijos, para que crezcan allí, vayan a la escuela. Espero algún día vivir mejor y poder comer”.

En Haití, casi la mitad de la población se enfrenta a dificultades para alimentarse. El Banco Central de Haití declaró que el país se encuentra en una depresión económica tras varios años de crecimiento negativo, con una inflación que alcanzó el 47,2% en octubre de 2022.

El control de grupos armados y secuestros ha alcanzado niveles no vistos en décadas, con mayor aislamiento de la capital. Hay más de 155.000 desplazados en el área metropolitana de Puerto Príncipe, debido principalmente a la violencia urbana.

En medio de la compleja situación y los problemas de seguridad en Haití, las operaciones humanitarias continúan. En lo que respecta a nuestra organización, desde octubre de 2022, llevamos a cabo más de 60 misiones,

incluyendo distribuciones de alimentos en las zonas “rojas” de Puerto Príncipe, como Cité Soleil.

En 2022, asistimos a 1,8 millones de haitianos con 28 millones de dólares en transferencias monetarias. Más aún, estamos utilizando transferencias monetarias en nuestras intervenciones en la región, en tanto que empoderan a las personas afectadas por las crisis. Pueden comprar alimentos y otros productos que necesitan urgentemente, y apoyan a negocios locales. Al ser las mejores opciones en ciertos contextos, asistimos también con 13.200 toneladas de alimentos y 320.000 comidas calientes.

WFP trabaja con pequeños productores para que los alimentos que producen se cocinen en el programa de alimentación escolar puesto en marcha por el gobierno con nuestro apoyo. Teniendo en cuenta la crisis actual del país, esta colaboración con asociaciones locales refuerza los vínculos con las comunidades y disminuye los riesgos logísticos.

Invertir en soluciones a largo plazo

Los gobiernos de la región están mostrando un mayor interés por contar con análisis y evidencia para tomar decisiones en la lucha contra la inseguridad alimentaria. Por ello, estamos expandiendo los ejercicios de Clasificación Integrada de las Fases de la Seguridad Alimentaria (CIF).

Dos Evaluaciones de Seguridad Alimentaria en Emergencias realizadas por WFP el año pasado en Colombia evidencian una situación compleja, con un 30% de la población colombiana en inseguridad alimentaria y un 54% de población migrante en esa condición en el país.

En Haití, casi la mitad de la población se enfrenta a dificultades para alimentarse.

En ese contexto, asistimos a más de 1,5 millones de personas con diversos programas y respondimos a varias emergencias. Hemos trabajado con el Gobierno en temas estratégicos como el fortalecimiento del sistema nacional de protección social, permitiendo el registro de más de medio millón de personas en 14 departamentos del país.

WFP lleva muchos años invirtiendo en la cooperación Sur-Sur y Triangular en América Latina y el Caribe, contribuyendo a reforzar la capacidad con y de los países.

Varias iniciativas en la región que aglutinan a gobiernos y diferentes socios están cobrando fuerza. El objetivo es aprovechar sinergias para llegar a más personas con asistencia de emergencia y contribuir al desarrollo de comunidades.

Reconociendo la importancia de trabajar en soluciones regionales, a

través de bloques de integración como el que representa esta publicación, hay que seguir profundizando el compromiso de gobiernos, socios y entidades financieras para impulsar diálogos en busca de soluciones en pro de la protección social, la alimentación escolar y la seguridad alimentaria.

Replantear los sistemas alimentarios

Tenemos que replantearnos nuestros sistemas alimentarios para proteger la naturaleza, hacer frente a los retos climáticos y centrarnos en la nutrición y la seguridad alimentaria. El enfoque se pone en el acceso a dietas saludables, la alimentación escolar y la educación nutricional, la resiliencia climática y la gestión de riesgos, la agricultura familiar, el comercio intrarregional y la innovación.

Además, es fundamental invertir en soluciones a largo plazo para abordar las causas profundas de la pobreza, la desigualdad y la inseguridad alimentaria.

Dada la necesidad sin precedentes, este año tenemos planificado sumar fuerzas con gobiernos de la región para asistir a 9 millones de personas de manera directa y 20 millones de manera indirecta, aumentando transferencias alimentarias y monetarias, al igual que paliando el impacto de la inflación en las personas más vulnerables.

La asistencia indirecta junto con gobiernos y socios se da a través de la protección social, el fortalecimiento de capacidades institucionales, apoyo en registro social, cambios de comportamiento en nutrición y asuntos de género, preparación y respuesta temprana y fortificación de alimentos, entre otros.

A pesar de la coyuntura en la que vivimos, América Latina y el Caribe es una región de oportunidades. Sus recursos naturales, reservas acuíferas y forestales reducen el impacto de la crisis climática a nivel global. Su capital humano es joven y altamente preparado.

A su vez, los gobiernos de toda la región son más conscientes de la importancia de ser más autosuficientes apoyando a los pequeños agricultores y a los grandes productores para diversificar y garantizar sistemas alimentarios más sostenibles, que sean resistentes a las crisis recurrentes.

La crisis de los fertilizantes generada por la guerra en Ucrania está aumentando la necesidad de contar con soluciones más orgánicas para sostener la producción agrícola.

El mundo depende de tres cereales: el maíz, el arroz y el trigo. Existe una necesidad urgente de diversificación. América Latina y el Caribe cuenta con un gran repositorio de alimentos ancestrales, como la quinoa, que pueden desempeñar un papel

importante para garantizar la seguridad alimentaria mundial. Sabemos que las comunidades mismas tienen respuestas y soluciones para mejorar sus vidas, las cuales debemos apuntalar.

Necesitamos invertir más y urgentemente en abordar las causas fundamentales de la pobreza y la migración en la región. Las alianzas, en las que participan los gobiernos, las instituciones financieras internacionales, el sector privado y la comunidad internacional pueden impulsar la innovación, estimular las inversiones en las zonas rurales y crear oportunidades de empleo.

Pensando en el difícil camino que nos toca recorrer, vuelvo a referirme a personas a quienes nos debemos y que nos inspiran. A sus 62 años, la agricultora guatemalteca Alilia Mateo mantiene su esperanza y empuje, a pesar de llevar una vida dura en el Corredor Seco. Ella alienta a sus compañeras en Plan de Jocote, Chiquimula: “No digamos no puedo. Digamos, sí podemos”.